

C. S. FORESTER

**HORNBLOWER
EN LAS
INDIAS OCCIDENTALES**

UN OFICIAL Y AVENTURERO EN TIEMPOS DE NELSON



Hornblower en las Indias Occidentales nos traslada a los años 1821-1823, un breve respiro en las guerras napoleónicas. Sin embargo, Horatio Hornblower no va a tener unos últimos años de servicio tan tranquilos como cabría esperar, sino que, nombrado comandante en jefe de las Indias Occidentales, con base en Jamaica, tendrá que hacer frente a una disputa con un barco estadounidense que puede romper la aún frágil paz, perseguir un bajel pirata, descubrir a un esclavista, intentar mantener la neutralidad ante las rápidas acciones de Simón Bolívar..., y, por si fuera poco, sobrevivir a uno de los temporales más devastadores que se recuerdan en el Caribe.

Un perfecto colofón a las fascinantes aventuras de Hornblower.

CAPÍTULO 1

SANTA ISABEL DE HUNGRÍA

El contraalmirante lord Hornblower, a pesar de su orgulloso nombramiento como comandante en jefe de las naves de su majestad en las Indias Occidentales, realizó su visita a Nueva Orleans en la goleta *Crab*, que sólo llevaba dos cañones de seis libras y una tripulación de unos dieciséis hombres, sin contar a los supernumerarios.

El cónsul general de su majestad británica en Nueva Orleans, el señor Cloudesley Sharpe, señaló este hecho.

—No esperaba ver a vuestra señoría en una embarcación tan diminuta —dijo, mirando a su alrededor. Había bajado en un carruaje hasta el muelle donde se encontraba anclada la *Crab*, y enviado a sus lacayos de librea a la pasarela para que le anunciaran, así que no le había gustado demasiado ser recibido por el pitido de los dos únicos segundos contramaestres que la *Crab* podía permitirse y encontrarse con que en el alcázar, para recibirle, junto al almirante y su teniente de bandera, se encontraba sólo un simple teniente al mando.

—Exigencias del servicio, señor —explicó Hornblower—. Pero si me hace el honor de acompañarme abajo, puedo ofrecerle toda la hospitalidad que me permite este buque insignia que tengo temporalmente.

El señor Sharpe (seguramente nunca hubo un nombre que cuadrara tan mal a la figura de su poseedor, porque era un hombre gordo, una montaña de carne hinchada) se introdujo como pudo entre una silla y la mesa en la agradable y diminuta cabina, y contestó al ofrecimiento de Hornblower de tomar el desayuno asegurando que ya había roto su ayuno. Obviamente, abrigaba grandes dudas acerca de la calidad del refrigerio que se pudiera servir en aquel barquito. Gerard, el teniente de bandera, se quedó discretamente en un rincón de la cabina, con el cuaderno y el lápiz en las rodillas, mientras Hornblower iniciaba la conversación.

—La *Phoebe* fue destruida por un rayo junto al cabo Morant —dijo Hornblower—. Ése era el buque en el que planeaba venir. La *Clorinda* ya estaba en el astillero, en reparaciones. Y la *Roebuck* en Curaçao, vigilando a los holandeses... hay un comercio de armas bastante intenso con Venezuela, ahora mismo.

—Lo sé muy bien —afirmó Sharpe.

—Ésas son mis tres fragatas —dijo Hornblower—. Una vez todo dispuesto, he creído que sería mejor venir en esta goleta que no venir.

—¡Cómo tienen que vérselas los poderosos! —fue el comentario del señor Sharpe—. Vuestra señoría, nada menos que un comandante en jefe, con no más de tres fragatas y media docena de balandros y goletas.

—Catorce balandros y goletas, señor —corrigió Hornblower—. Son unas embarcaciones muy adecuadas para la misión que debo llevar a cabo.

—Sin duda, milord —exclamó Sharpe—. Pero recuerdo los días en que el comandante en jefe de las Indias Occidentales disponía de un escuadrón de buques de línea.

—Aquello era en tiempos de guerra, señor —apuntó Hornblower, recordando los comentarios verbales del primer lord del Almirantazgo en la entrevista que mantuvieron cuando le ofreció su mando—. La Cámara de los Comunes

antes permitiría que la Marina Real se pudiese en sus amarraderos que volver a imponer los impuestos de guerra.

—El caso es que vuestra señoría ha llegado —dijo Sharpe—. ¿Ha intercambiado saludos con el fuerte Saint Philip?

—Salva por salva, como su despacho me informó que se había acordado.

—¡Excelente! —aprobó Sharpe. Había sido en realidad una formalidad un poco extraña; todos los hombres a bordo de la *Crab* se habían alineado junto a la borda, muy formales, durante el saludo, y los oficiales se pusieron firmes en el alcázar, pero «todos los hombres» eran solamente un grupito de cuatro marineros que manejaban el cañón de saludos, y uno en las drizas de señales, y otro a la caña del timón. Además, llovía a cántaros. El resplandeciente uniforme de Hornblower, empapado como estaba, se le pegó al cuerpo.

—¿Ha hecho vuestra señoría uso de los servicios de un remolcador a vapor?

—¡Sí, por Júpiter! —exclamó Hornblower.

—Una experiencia notable, ¿verdad?

—Pues sí, así es —afirmó Hornblower—. Yo...

Contuvo sus deseos de expresar todos los pensamientos que se le ocurrían sobre aquel tema; les habrían conducido a demasiadas irrelevancias emocionantes. Pero sí, un remolcador a vapor había llevado a la *Crab* contra los centenares de millas de corrientes desde el mar de Nueva Orleans, entre la aurora y el anochecer, llegando en el mismísimo momento que había previsto el capitán del remolcador. Y allí estaba Nueva Orleans, no sólo atestada de buques transoceánicos, sino también con una flota de largos y estrechos vapores, maniobrando hacia la corriente y contra los muelles con una facilidad (gracias a sus ruedas de paletas) que ni siquiera la *Crab*, con su aparejo tan manejable, podía intentar emular. Y con el giro de esas ruedas de paletas, podrían volar corriente arriba con una rapidez casi increíble.

—El vapor ha abierto por completo todo un continente, milord —dijo Sharpe, haciéndose eco de los pensamientos de Hornblower—. Un verdadero imperio. Miles y miles de millas de aguas navegables. La población del valle del Misisipí se contará en millones dentro de unos pocos años.

Hornblower recordaba las discusiones en casa, cuando era sólo un oficial a media paga esperando su promoción a oficial con destino, cuando las «teteras de vapor» empezaron a aparecer en las conversaciones. No se sugería entonces la más remota posibilidad de buques transoceánicos propulsados a vapor, y más bien se reían cruelmente de ellos... sería como el fin de la marinería auténtica. Hornblower no estaba seguro entonces de todo aquello, pero tuvo mucho cuidado de guardarse sus opiniones, porque no quería que le considerasen un hombre estafalario y peligroso. No quería verse arrastrado tampoco ahora a una discusión semejante, ni siquiera con un simple civil.

—¿Qué información tiene para mí pues, señor? —preguntó al civil.

—Una cantidad considerable, milord.

El señor Sharpe sacó un fajo de documentos del bolsillo de su levita.

—Aquí están los últimos avisos de Nueva Granada... más reciente, espero, que cualquier otra noticia que pueda tener. Los insurgentes...

El señor Sharpe realizó una rápida exposición de la situación militar y política de Centroamérica. Las colonias españolas estaban entrando en la fase final de su lucha por la independencia.

—No creo que pase mucho tiempo hasta que el Gobierno de su majestad reconozca esa independencia —acabó Sharpe—. Y nuestro ministro en Washington me informa de que el de Estados Unidos piensa llevar a cabo un reconocimiento similar. Queda por ver lo que tenga que decir la Santa Alianza sobre este tema, milord.

Europa, bajo el gobierno de una monarquía absoluta, no vería con buenos ojos el establecimiento de una nueva serie de repúblicas, sin duda. Pero apenas importaba lo que tuviera que decir Europa, mientras la Marina Real (aunque reducida en tiempos de paz) controlase los mares, y los dos gobiernos de habla inglesa continuasen en buena relación.

—Cuba muestra pocos signos de inquietud —continuó Sharpe—, y tengo informaciones de que el tema de las cartas de marca del Gobierno español a buques que zarpan de La Habana...

Las «cartas de marca» o patentes de corso eran una de las principales fuentes de problemas de Hornblower. Las estaban emitiendo tanto gobiernos insurgentes como nacionalistas, para hacer presa sobre buques que llevaban las banderas viejas y las nuevas, y los portadores de esas cartas se convertían en piratas en un simple parpadeo, en ausencia de presas legítimas y tribunales de presa eficientes. Trece de las catorce pequeñas embarcaciones de Hornblower estaban esparcidas por el Caribe vigilando las actividades de los corsarios.

—He preparado duplicados de mis informes para la información de vuestra señoría —concluyó Sharpe—. Los tengo aquí para entregárselos, junto con copias de las quejas de los comandantes implicados.

—Gracias, señor —replicó Hornblower, mientras Gerard se hacía cargo de los papeles.

—Y ahora, en cuanto al comercio de esclavos, con el permiso de vuestra señoría —continuó Sharpe, sacando un nuevo fajo de documentos.

El comercio de esclavos era una cuestión tan importante como la piratería, incluso más grave, porque la Sociedad Antiesclavista de Inglaterra gozaba de un apoyo muy potente en ambas Cámaras del Parlamento, y armaría mucho más jaleo por las cargas de esclavos que iban a La Habana

o a Río de Janeiro que por una compañía naviera incordiada por los corsarios.

—En este momento, milord —dijo Sharpe—, un lote recién traído de la Costa de los Esclavos se está vendiendo por ochenta libras en los barracones de La Habana... y cuesta no más de una libra en artículos de comercio en Wh-ydah. Esos beneficios son tentadores, milord.

—Naturalmente.

—Tengo razones para pensar que barcos de registro británico y americano están comprometidos en ese tráfico, milord.

—Yo también.

El primer lord del Almirantazgo tabaleó en la mesa de una forma que no presagiaba nada bueno en aquella entrevista, cuando llegaron a esa parte de las instrucciones para Hornblower. Según las nuevas leyes británicas, los súbditos que se vieran implicados en el comercio de esclavos podían ser colgados, y los barcos requisados. Pero había que poner mucho cuidado en el trato con buques que ostentaban la bandera americana. Habría que usar un tacto exquisito si se negaban a ponerse al paio en alta mar para ser examinados. Romper un palo de un buque americano, o matar a un ciudadano americano, podía causarles graves consecuencias. América ya había estado en guerra con Inglaterra hacía sólo nueve años, por temas bastante similares.

—No queremos problemas, milord —dijo Sharpe. Tenía los ojos grises, duros e inteligentes, profundamente hundidos en su carnoso rostro.

—Soy consciente de ello, señor.

—Y en este asunto, milord, debo atraer la atención de vuestra señoría hacia un buque que está preparado para zarpar aquí, en Nueva Orleans.

—¿Qué buque es ése?

—Es visible desde el muelle, milord. De hecho... — Sharpe se levantó de la silla con dificultad y se dirigió hacia

la ventana de la cabina—. Sí, ése es. ¿Qué opina de él, milord?

Hornblower miró junto a Sharpe. Vio un hermoso buque de ochocientas toneladas o más. Sus finas líneas, la caída de sus palos, la amplia extensión de sus vergas, todas esas señales eran indicaciones claras de velocidad, para la cual se había hecho algún sacrificio en cuanto a capacidad de carga. Era de cubierta corrida, con seis portas pintadas a lo largo de cada lado. Los armadores de buques americanos siempre habían manifestado una cierta preferencia por construir buques rápidos, pero éste era un ejemplo avanzado de esa tendencia.

—¿Hay cañones detrás de esas portas? —preguntó Hornblower.

—De doce libras, milord.

Aun en días de paz no era inusual que los buques mercantes llevaran cañones, ya fuera para los viajes a las Indias Occidentales o al este, pero aquél era un armamento más pesado de lo habitual.

—La han construido como nave corsaria —dijo Hornblower.

—Muy cierto, milord. Es la *Daring*. Fue construida durante la guerra, hizo un viaje y nos tomó seis presas antes del Tratado de Gante. ¿Y ahora, milord?

—Puede ser esclavista.

—Vuestra Señoría tiene razón, por supuesto.

Aquel pesado armamento podía ser de gran utilidad para un buque esclavista que debe anclar en un río africano, susceptible de recibir ataques traicioneros. Su velocidad minimizaría las muertes entre los esclavos durante la travesía oceánica; su falta de capacidad para el cargamento no importaría, si era un buque de esclavos.

—¿Es una nave de esclavos o no? —preguntó Hornblower.

—Aparentemente no, milord, a pesar de su aspecto. Sin embargo, está preparada para llevar a muchos hombres.

—Me gustaría que se explicara usted mejor, señor Sharpe.

—Lo único que le puedo decir a vuestra señoría son los hechos tal y como se me han revelado. Está bajo contrato de un general francés, el conde de Cambronne.

—¿Cambronne? ¿Cambronne? ¿El hombre que dirigía la Guardia Imperial en Waterloo?

—Ese mismo hombre, milord.

—¿El que dijo: «la vieja guardia muere, pero no se rinde»?

—Sí, milord, aunque el informe dice que en realidad usó una expresión mucho más ruda. Fue herido y hecho prisionero, pero no murió.

—Eso he oído. Pero ¿qué quiere hacer entonces con ese buque?

—Todo es claro y legal, aparentemente. Después de la guerra, la vieja guardia de Boney formó una organización para el auxilio mutuo. En 1816 decidieron hacerse colonos... vuestra señoría debe de haber oído algo de ese proyecto, ¿no?

—Apenas.

—Vinieron aquí y se apoderaron de un trozo de terreno de la costa de Texas, que es la provincia de México adyacente a su estado de Louisiana.

—Había oído algo, pero no sé más.

—Fue fácil empezar, porque México estaba en el trance de su revolución contra España. No tuvieron oposición alguna, como comprenderá, milord. Pero no resultó tan sencillo continuar. Supongo que era difícil que los soldados de la vieja guardia se pudieran convertir en buenos agricultores. Y en esa costa pestilente... Hay una serie de lagunas secas, y apenas ningún habitante.

—¿Les falló el plan?

—Como era de esperar. La mitad de ellos fallecieron de malaria y fiebre amarilla, y la otra mitad se murió de hambre, sencillamente. Cambronne se va a Francia para llevarse

a casa a los supervivientes, que son unos quinientos. Al Gobierno de Estados Unidos nunca le gustó aquel proyecto, como vuestra señoría puede imaginar, y ahora el Gobierno insurgente es lo bastante fuerte como para molestarse por la presencia en las costas de México de un gran grupo de soldados entrenados, por muy pacíficas que sean sus intenciones. Como vuestra señoría puede ver, la historia de Cambronne podría ser perfectamente cierta.

—Sí.

Un buque de ochocientas toneladas, equipado como esclavista, podría llevar a quinientos soldados a bordo y alimentarlos durante la larga travesía.

—Cambronne está aprovisionando la nave con arroz y raciones de agua para esclavos, milord, lo más adaptado para el objetivo, por esa misma razón.

El comercio de esclavos ya tenía una larga experiencia de cómo mantener vivos a un montón de hombres apiñados.

—Si Cambronne se los va a llevar de nuevo a Francia, no haré nada para impedirselo —dijo Hornblower—. Más bien al contrario.

—Exactamente, milord.

Los grises ojos de Sharpe se encontraron con los de Hornblower en una mirada inexpresiva. La presencia de quinientos soldados entrenados en un buque en el golfo de México era una gran preocupación para el comandante en jefe británico, cuando las costas del Golfo y del Caribe estaban en una situación tan turbulenta como en aquel momento. Bolívar y los otros insurgentes hispanoamericanos pagarían un alto precio por sus servicios en las guerras en curso. O alguien podía incluso estar pensando en conquistar Haití, o en realizar un ataque sorpresa contra La Habana, o en llevar a cabo cualquier tipo de expedición de filibusteros. Cabía la posibilidad de que el actual gobierno Borbón de Francia estuviera buscando un pastel al cual hincarle el diente, o una oportunidad de hacerse con una colonia y en-

frentarse a las potencias de habla inglesa con un *fait accompli*.

—Les mantendré vigilados hasta que se encuentren sanos y salvos en camino —dijo Hornblower.

—He llamado la atención de vuestra señoría sobre este asunto de forma oficial —advirtió Sharpe.

Sería una sangría más para los limitados recursos de Hornblower dedicados al control del Caribe. Ya se preguntaba cuál de sus pocas embarcaciones podría destacar para que vigilase la costa del Golfo.

—Y ahora, milord —continuó Sharpe—, es mi deber discutir los detalles de la estancia de vuestra señoría en Nueva Orleans. He dispuesto un programa de actos oficiales para vuestra señoría. ¿Habla francés?

—Sí —afirmó Hornblower, conteniéndose para no decir: «Sí, mi señoría habla francés».

—Excelente, porque la buena sociedad de aquí habla habitualmente en ese idioma. Vuestra señoría, por supuesto, será recibido por las autoridades navales y el gobernador. Hay una recepción prevista en honor de vuestra señoría. Mi carruaje, por supuesto, está a su disposición.

—Es extremadamente amable por su parte, señor.

—No, no es amabilidad en absoluto, milord. Es un gran placer para mí ayudar a convertir la visita de vuestra señoría a Nueva Orleans en un acontecimiento lo más agradable posible. Tengo aquí una lista de las personas más importantes a las que vuestra señoría conocerá, junto con unas breves notas concernientes a ellas. ¿Sería conveniente que se las explicase también al teniente de bandera de vuestra señoría?

—Ciertamente —dijo Hornblower. Ahora estaba dispuesto a relajar un poco su atención. Gerard era un buen teniente de bandera, y había apoyado muy satisfactoriamente a su comandante en jefe durante los tres meses que Hornblower llevaba ostentando el mando. Le suministraba

ese toque de estilo social que a Hornblower le resultaba indiferente. Los asuntos se resolvieron de inmediato.

—Muy bien, entonces, milord —dijo Sharpe—. Ahora, solicito permiso para retirarme. Tendré el placer de ver a vuestra señoría de nuevo en casa del gobernador.

—Le estoy profundamente agradecido, señor.

La ciudad de Nueva Orleans era un lugar encantador. Hornblower ardía de excitación internamente ante la perspectiva de explorarla. No era el único, al parecer, porque tan pronto como Sharpe se retiró, el teniente Harcourt, capitán de la *Crab*, interceptó a Hornblower en el alcázar.

—Perdón, milord —dijo, saludándole—. ¿Tiene órdenes para mí?

No había duda alguna de lo que estaba pensando Harcourt. La mayor parte de la tripulación de la *Crab* se hallaba congregada ante el palo mayor, mirando ansiosamente a popa... En un barco diminuto como aquél, todo el mundo conocía los asuntos de los demás, y la disciplina tenía unas implicaciones distintas a las de un gran buque.

—¿Puede confiar en que sus hombres se comporten bien en tierra, señor Harcourt? —preguntó Hornblower.

—Sí, milord.

Hornblower miró de nuevo a proa. Los marineros parecían bastante decentes... habían conseguido ropas nuevas mientras venían desde Kingston, en cuanto se anunció a la *Crab* que recibiría el asombroso honor de convertirse en buque insignia del almirante. Llevaban unos suéteres azules muy limpios, pantalones blancos de dril y sombreros de paja. Hornblower observó sus poses cohibidas mientras miraban hacia ellos... sabían perfectamente lo que se estaba discutiendo. Eran marineros de tiempos de paz, que se habían alistado voluntariamente. Hornblower llevaba veinte años de servicio en tiempos de guerra, con tripulaciones de leva en las que nunca se podía confiar y que siempre desertaban, y tenía que esforzarse por asumir aquel cambio.

—Si pudiera decirme cuándo vamos a zarpar, señor... quiero decir, milord —dijo Harcourt.

—Hasta el amanecer de mañana, en cualquier caso —contestó Hornblower, llegando a una repentina decisión; hasta entonces, el día estaba lleno de actividades para él.

—Sí, señor.

¿Serían diferentes las tabernas del puerto de Nueva Orleans a las de Kingston o Puerto España?

—Quizá pueda tomar ahora mi desayuno, señor Gerard —propuso Hornblower—. ¿O tiene usted alguna objeción?

—Sí, milord —respondió Gerard, esquivando cuidadosamente el sarcasmo. Había aprendido hacía tiempo que a su almirante no había nada que le molestara más en el mundo que tener que hacer algo antes de desayunar.

Después del desayuno llegó un hombre de color trotando por el muelle con una cesta de fruta en la cabeza, y la colocó en la pasarela en el momento en que Hornblower estaba a punto de salir para iniciar su ronda de actos oficiales.

—Hay una nota en la cesta, milord —dijo Gerard—. ¿La abro?

—Sí.

—Es del señor Sharpe —informó Gerard, después de romper el sello, y luego, unos segundos después—: Creo que será mejor que la lea usted mismo, milord.

Hornblower cogió el papel, impaciente. La nota decía:

Milord:

Me he permitido enviar un poco de fruta a vuestra Señoría.

Es mi deber informar a Vuestra Señoría de que acabo de recibir información sobre la carga que el conde Cambronne piensa transportar a Francia. Ésta se encuentra depositada como fianza en el Servicio de Aduanas de Estados Unidos, y pronto será transferida en una gabarra, por medio del

agente de una compañía de aduanas, a la *Daring*. Como comprenderá Vuestra Señoría, por supuesto, ésta es una indicación de que la *Daring* pronto se hará a la mar. Mi información confirma que el peso de la carga consignada es muy considerable, y estoy intentando descubrir en qué consiste. Quizá Vuestra Señoría pueda, desde su ventajosa posición, encontrar una oportunidad para observar la naturaleza de la misma.

Con respeto, quedo humilde y obediente servidor de Vuestra Señoría,

CLOUDESLEY SHARPE

Cónsul General en Nueva Orleans de Su Majestad Británica.

Bueno, ¿qué podía haber traído Cambronne de Francia en gran cantidad, que se necesitara legítimamente para el propósito que él había confesado cuando contrató la *Daring*? Desde luego, no efectos personales. Ni comida, ni licor... éstos los podía comprar a buen precio en Nueva Orleans. ¿Entonces, qué?

¿Ropas de abrigo, quizás? Aquellos guardias podrían necesitarlas cuando volvieran a Francia desde el golfo de México. Era posible. Pero un general francés con quinientos hombres de la Guardia Imperial a su disposición debía ser vigilado muy estrechamente, ya que el Caribe se encontraba muy alborotado. Sería de gran ayuda saber qué carga era la que estaba embarcando.

—Señor Harcourt.

—Señor... ¡milord!

—Por favor, acompáñeme un momento a la cabina.

El joven teniente se puso firme en la cabina, un poco aprensivo, esperando lo que tenía que decirle su almirante.

—No voy a echarle una reprimenda, señor Harcourt —espetó Hornblower, irritado—. Ni siquiera una admonición.

—Gracias, milord —dijo Harcourt, ya más tranquilo.